

AUTONOMÍA JUDÍA

Principado de Simón

Como hemos podido ver, Jonathán el asmóneo llegó a ser jefe de partido muy importante aunque sin conquistar las insignias de la soberanía. Las habría logrado probablemente, de no caer en la asechanza y cautiverio que pronto acabaron con su vida. Su hermano Simón realizó, después de treinta años de luchas, el fin perseguido por la ambición de los hijos de Mattathiath.

El partido había decidido que Simeón, poseedor de superiores dones de prudencia y espíritu de gobierno, sucediera a su hermano, si desaparecía éste. La posición de Simón era una de las más difíciles que puedan imaginarse, y un gobierno sirio que hubiera querido perderle lo hubiera logrado fácilmente. Pero ya no existía Siria. Trifón era un verdadero bandido: con una crueldad abominable se deshizo del joven rey y ocupó su lugar, pero le faltaba dinero y vacilaban sus tropas. Lo más peligroso para Israel era el odio de los pueblos vecinos de Palestina, que creían llegado el momento de exterminar a los israelitas.

Simón hizo gala de mucha cordura. Proclamado soberano pontífice por la nación, su primera acción fue ocupar militarmente a Joppe, cuya anexión a Judea era muy incierta. Trifón iba y venía por el Norte de Palestina arrastrando consigo a su infeliz prisionero. Simón, con una hábil marcha, le detuvo en Hadida. Exigió Trifón un rescate de cien talentos y los dos hijos del prisionero como rehenes. Simón estaba convencido de la doblez de Trifón, pero le costaba trabajo no probarlo todo para salvar a su hermano. Pagó y entregó a los rehenes, hecho que no impidió a Trifón quedarse con Jonathán y seguir amenazando a Jerusalén. Los jerosolimitanos apretaron el cerco de Acra. Carecía de víveres la ciudadela siria, y pidió auxilios a su rey. Trifón mandó caballería, que nada hizo. En seguida se dirigió a Cilesiria. Cruzando el país de Galaad, mandó matar y enterrar a Jonathán, y luego volvió a Antioquía.

Simón hizo buscar el cadáver de su hermano y lo llevó a Modín, junto a los cuerpos de Mattathiah y de Judas Macabeo. Se pensaba en un gran monumento que encerrase a aquellos muertos ilustres, y que se realizó más adelante.

Aún vivía Demetrio II. Simón se dirigió a él como soberano legítimo de

Siria, de la cual se reconocía vasallo. Demetrio le contestó con una carta equivalente a una declaración de independencia de los judíos, perdonándoles el tributo en lo sucesivo y dejándoles sus fortificaciones.

El año 170 de los seléucidas (143-142 antes de J.C.) fue considerado, pues, por los judíos, el primero de su independencia.

Simón ordenó acuñar moneda, y la fecha que en ella se grabó parece ser la de la libertad de Jerusalén. Posteriormente, cuando estalló la gran rebelión judía, se reacuñaron con su nombre monedas romanas. Se le consideró fundador de la dinastía patria, y cuando se despertó el espíritu nacional se quiso inscribir su nombre en las monedas destinadas a uso religioso.

Tuvo mucho que ver en esto la influencia romana. La idea de apoyarse en aquel nuevo poder por oposición a los seléucidas había de surgir naturalmente, y aunque fueran muy candorosas las ideas formadas por los judíos de los romanos, Simón se apoyó en los que le parecían más hostiles a sus adversarios. Los romanos, por otra parte, se prestaron a tratos poco comprometedores y que no les obligaban a dar más que lo que no era suyo. Hubo negociaciones que más adelante se convirtieron en tratos regulares y títulos oficiales.

Durante los siete u ocho años del principado de Simón (143-135) hubo prosperidad, a pesar de la guerra de que luego hablaremos. Se prescindió de los apóstatas y tibios. Se protegió a los *anavim*. Las plazas fuertes se arreglaron y abastecieron, se embelleció el templo y se enriqueció el mobiliario. Gezer y Joppe redondearon el pequeño dominio judío. Especialmente Gezer tuvo mucha importancia, y allí se hizo Simón una vivienda. Cuando se tomaba una población que había sido pagana, se expulsaba a los habitantes, y se purificaban las casas donde había signos idolátricos, se entraba en la ciudad cantando himnos y a los habitantes expulsados sucedían observadores de la Ley. En Gezer se llevó el escrúpulo hasta colocar en los caminos inscripciones que indicaban hasta qué punto se podía marchar en sábado.

Finalmente cayó el Akra maldita. Treinta años hacía que los judíos piadosos veían levantarse al lado de su ciudad aquella odiosa ciudadela, que representaba el dominio del extranjero y servía de refugio a cuantos ellos odiaban. Cuando los de Akra pidieron capitulación, Simón accedió. Se les expulsó de allí, se hicieron las purificaciones requeridas y luego los ortodoxos tomaron posesión de la plaza, con palmas en la mano y cantando himnos, el 23 de iyyar del año 142, que fue durante bastantes años fiesta nacional.

En los textos antiguos no se dice que Simón arrasara la ciudadela de Akra, sino que de siria se convirtió en judía. Las construcciones sirias siguieron siendo base de las que cubrieron siempre la colina occidental. Simón fortificó la opuesta, donde se hizo una casa para él y los suyos, cerca del recinto sagrado. Cuando llegó a ser hombre su hijo Juan, le dio el mando de las tropas y lo instaló en Gezer. No se toleró en el país a ningún pagano ni judío helenista que hubiera participado en las empresas de Antíoco Epifanio. Parece que Simón demostró gran severidad en sus medidas para observar la Ley.

Exceptuando esta intolerancia, esencia del Estado judío, el gobierno

de Simón fue bastante prudente. Acumuló sumas enormes en pocos años. Su casa era suntuosa: su vajilla de oro y plata; el número y orden de sus banquetes causaron la admiración de los griegos. Las funciones del sumo sacerdote eran por extremo lucrativas y en sus arcas entraba lo mejor de las riquezas de la nación. El pueblo construyó en honor de su jefe un pilar en el Monte Sión con inscripciones en hebreo, que referían su vida.

La teocracia judía había realizado en Simón cuanto le parecía perfecto. El judío medio (si puede llamarse así), extraño a las agitaciones utópicas y a las ideas mesiánicas, debía de estar satisfecho. El bienestar recompensaba al pueblo por su fidelidad a la Ley. Por desgracia, Israel no tenía más fuerza que la debilidad de su adversario, y se perdería en cuanto se levantase el reino seléucida.